



Instituto Misiones Consolata
Mensaje de Pascua
2018

“Quitad la piedra”: Cristo ha resucitado, ¡idilo con tu vida!

Una Pascua que debemos preparar, celebrar y vivir

“La Pascua resume toda la acción de Dios que por amor nos envió a su Hijo. Él fue quien llevó a cabo la salvación. Es el vértice del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por eso la Pascua es considerada «la fiesta de las fiestas», «hacia donde convergen todos los misterios de nuestra religión» (san León Magno). Tiene también una referencia explícita a la Misión. El Resucitado dice a las primeras personas a las que encuentra: «Id a anunciarlo». Y a los apóstoles: «Como el Padre me ha enviado a mí, así yo os envío a vosotros». Y antes de subir al cielo: «Id por todo el mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura» (Jn 20,21; Mc 16,15).

Beato José Allamano

Queridos misioneros, misioneras, familiares, amigos y bienhechores:

El gran grito, extenuado y desesperado, de Cristo en la cruz recuerda nuestros miedos humanos ante la muerte. Pero la compasión, el deseo de resucitar y reencontrarse serán vencedores.

“¡Quitad la piedra!”, es el grito de Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro. La piedra representa nuestras dudas y nuestras incredulidades ante un Jesús que ha vencido a la muerte de su amigo Lázaro y de cada uno de los hombres. La piedra coincide con nuestro pecado, que se entromete entre nosotros y Dios, separándonos, alejándonos de Él con la intención de hacernos marchitar. La piedra concretiza nuestro egoísmo, que nos encierra en nosotros mismos, no nos permite estar plenamente libres hasta el punto de hacernos morir.

Encontrar a Jesús en los sacramentos, en su Palabra, en la oración, en la comunidad, en la misión, creer en Él y estar con Él es quitar la piedra, rodándola sobre nosotros para resucitar y vivir nuestra verdadera vida la que el Señor nos ofrece.

Decidámonos a salir fuera de nuestras tumbas para volver a vivir en Cristo. ¡Nosotros estamos hechos para la Resurrección, no para la muerte!

"Lucharon vida y muerte", canta la antigua secuencia, "en singular batalla y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta". Es la fe en la Resurrección. Fe que, según el Evangelio, entra poco a poco en los corazones. Porque este es el estilo de Dios: no tiranizarnos. Es un estilo respetuoso de nuestra libertad. Es un estilo humilde, silencioso, escondido hasta en los más grandes acontecimientos de la historia. Y efectivamente, según el Evangelio, nadie le vio resucitar. Y, especialmente, no resucita según los módulos interpretativos pictóricos habituales, con estandartes en las manos. Juan no vio como estaban puestas luz: entró, vio



las vendas por el suelo y el sudario que le habían puesto en la cabeza, no en el suelo con las vendas, sino doblado en un lugar aparte, “vio y creyó”.

Pocas cosas, la luz de la resurrección la transmitimos como la gran respuesta de Dios a las generaciones futuras, no solo con palabras y cantos, no solo con luminarias e inciensos, sino especialmente con nuestra vida. Eliminando, dice san Pablo, todo lo que es levadura vieja, para ser masa nueva quitando de nuestra vida todo lo que alude a la muerte, quitando sudarios y vendas, quitando todo lo que frena e impide, todo lo que ahoga la libertad y la vida de los hijos de Dios, eliminando los signos de la muerte.

¡Que el Señor ha resucitado, dilo con tu vida!

Repitamos el rito de Pascua: vayamos también nosotros y barramos todo lo que es fermento de hipocresía en nosotros, en nuestra comunidad, en el Instituto, en la Iglesia y en la sociedad con un empeño que lo aleje y seremos masa nueva.

Que Cristo ha resucitado dilo con tu vida, que sea signo de Jesús de Nazaret: "Despojaos del hombre viejo y revestíos de Cristo".

Cristo ha resucitado para nosotros, es muy hermoso recorrer en el Evangelio la sucesión de las manifestaciones del Resucitado, ese aparecerse del Señor por todas partes. Jesús se nos acerca, se aproxima a quien llora, al viandante, al que duda, al que busca, al que tiene miedo, y dirige a todos una palabra de alivio, de consolación, de alegría y de resurrección. Ha resucitado dentro de la historia de la humanidad hasta el punto de estar en la historia de cada uno de nosotros.

Se necesitan jardineros que amen para hacer que broten las rosas.

“Jardineros para las masas de los pobres no se encuentran solamente poquísimos, viajando por todas las calles del mundo, donde quién sabe cuántos viven y mueren como si no hubieran ni siquiera nacido” (Annalena Tonelli, misionera laica asesinada en Somalia en octubre de 2003).

Esta es la invitación de Pascua: hacer florecer lo humano, hacer florecer la esperanza, hacer florecer la belleza, eliminar el olor de la muerte de nuestra Tierra, abandonar los cálculos y dejarnos llevar por el amor. El mismo amor de Dios por cada uno de nosotros, la misma desmesura de la promesa pascual que nos regala esta certeza: *Podrán arrancar todas las flores, pero no podrán impedir que la primavera retorne; mientras haya jardineros que aman, las rosas seguirán apareciendo.*

Quitemos la piedra. ¡Que Cristo ha resucitado, digámoslo con nuestra vida!

¡Feliz y santa PASCUA!

A todos y cada uno: ¡ánimo y adelante in Domino!



PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

Jesús resucitado nos ama: Él es nuestra paz.

- *¿Saben ser nuestras comunidades lugares donde se experimenta la alegría de una verdadera fraternidad, donde se acoge y comprende a todos, donde se sostiene al que está en dificultad, donde hay verdadera amistad, perdón y alegría?*

Encontrar a Jesús resucitado significa abrirse a cada hombre.

- *¿Tenemos en el corazón la alegría de Pascua, que nos permite entender que el Resucitado ama y quiere salvar a cada hombre y que, por eso mismo, nos estimula a dar testimonio no con las palabras, sino con toda nuestra capacidad, en lo cotidiano, siendo nosotros misioneros con todos?*
- *¿Encontramos en nuestras comunidades a Cristo resucitado en los sacramentos, en la comunión con los hermanos, o hay algo que no funciona?*

Jesús afrontó la muerte con toda la confianza posible en Dios y con un amor total hacia la humanidad entera, haciendo en todo y por todo, la voluntad del Padre. Por eso Dios le resucitó y le hizo “el Señor de la esperanza”.

- *¿Cómo vivimos nosotros hoy la enfermedad, el dolor, los sufrimientos que nos invaden al sentirnos derrotados por el mal? ¿Cómo podemos anunciar al anciano, al enfermo, al inválido, al enfermo terminal que está caminando al encuentro con el Dios de la vida, quien le donará la resurrección?*
- *¿Cómo es posible, viendo derrotados a nuestros hermanos por las adversidades de la vida, por los problemas que no se resuelven, por la pérdida de la confianza en Dios y en ellos mismos, sostenerlos y animarlos a tener paciencia y no sucumbir, a seguir abiertos y confiados, afrontando con coraje cada día las dificultades de la vida?*
- *¿Cómo podemos madurar una actitud de apertura y confianza con la debilidad y la fragilidad, aceptando que Dios se sirve de quien es débil para anunciar el Evangelio?*

25 de marzo de 2018, Domingo de Ramos

P. Stefano Camerlengo, IMC
Superior General

